

CAPÍTULO XVIII.

Nueve dias.

El cielo estaba despejado, la luz era radiante y viva; el doctor, encerrado en su habitacion, conversaba con Carlos, en tanto que la novia, Mr. Lorry y miss Pross esperaban en el salon para dirigirse á la iglesia. Reconciliada poco á poco con el acontecimiento del dia, el aya hubiera creído que aquel casamiento era un verdadero beneficio, si en el fondo del alma no hubiese pensado que su hermano Salomon era quien debia ocupar el puesto del futuro esposo.

Mr. Lorry no se cansaba de admirar á la jóven y de contemplar los más insignificantes detalles de su lindo prendido.

—¿Conque es decir, hermosa Lucia, exclamaba, que era para esto para lo que yo os hice atravesar el Estrecho á una edad en que hubiera podido llevaros en mis brazos? ¡Bien ageno estaba yo de sospechar semejante cosa!

—¡Claro está que no podiais sospecharlo! exclamó miss Pross. Todo eso es nada más que gana de conversacion.

—Es verdad; pero, ¿per qué llorais? preguntó el pobre hombre.

—Yo no lloro, exclamó la vieja solterona; vos sois quien está llorando.

—¡Yo, miss Pross!

—Sí, vos estábais llorando hace un momento, yo misma lo he visto, y eso no tiene nada de particular; un servicio de plata como ese, basta y sobra para hacer que las lágrimas se vengan á los ojos. No hay un tenedor ni una cuchara que me haya hecho llorar por no poderlos ver, dijo miss Pross.

—Yo me alegro sobremanera, respondió el gentleman! por lo demás, podeis estar persuadida de que no he tenido la idea de ocultar á nadie ese insignificante recuerdo. Pero un acontecimiento como este, hace reflexionar á un hombre acerca de todo cuanto ha perdido. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cómo no pensar que hace unos cincuenta años hubiera podido haber una jóven mistress Lorry, y que.....

—De ninguna manera, interrumpió miss Pross.

—Qué, ¿no creéis que hubiera podido haber una mistress Lorry? preguntó el gentleman.

—¡Quia! replicó el aya; vos habeis nacido para soltero.

—Puede que tengais razon, dijo Mr. Lorry arreglando su su pequeña peluca con aire satisfecho.

—Vos teniais ya ese sino antes de nacer, prosiguió miss Pross.

—Entónces, respondió el gentleman, fuerza es confesar que no se han portado bien conmigo; mejor hubiera sido que me diesen á elegir el patron por que debia ser cortado; pero no hablemos más de mí. Querida Lucia, continuó el pobre hombre rodeando con su brazo la cintura de la jóven; oigo ruido en la habitacion contigua, y miss Pross y yo tenemos suficiente experiencia para aprovechar estos últimos momentos, diciéndoos algo que pueda seros agradable: las manos en que vais á dejar á vuestro padre, no serán ni ménos atentas ni ménos afectuosas que las vuestras; se le cuidará con todo el esmero posible; el mismo Tellson se anticipará á todos sus deseos, y cuando, dentro de quince dias, vaya á Francia el excelente doctor para reunirse con sus hijos, no solamente vereis que goza de buena salud, sino que su imaginacion se halla más lozana que nunca. Vamos, ya oigo los pasos de alguien que se dirige hácia la puerta; permitidme que os abrace, hija mia, y que os dé la bendicion de un viejo soltero, ántes de que ese alguien venga á reclamaros como su más preciado tesoro.

Contempló durante un momento aquel rostro encantador, miró aquella hermosa frente, cuyas expresivas líneas le eran tan conocidas, y aproximó á ella los dorados cabellos de su pequeña peluca con la mayor delicadeza y cariño que puede nadie imaginarse.

Abrióse la puerta, y el antiguo preso salió de su habitación en compañía de Mr. Darnay; su rostro, blanco como la nieve, no conservaba ningun vestigio de los colores que poco ántes tenia. Su aspecto parecia el mismo de siempre, pero Mr. Lorry echó de ver que el mismo sentimiento de repugnancia y de temor que le caracterizaba en otro tiempo, habia impreso nuevamente su horrible selo en el ánimo del antiguo preso. El doctor dió el brazo á su hija y la condujo á la carroza que el gentleman habia alquilado para la ceremonia. Los demás personajes se instalaron en otro carruaje, y dirigiéndose todos á la iglesia inmediata, celebróse en ella, léjos de toda mirada indiferente, la feliz union de Carlos Darnay y de Lucía Manette.

Terminado el acto regresaron á casa, en donde les esperaba un espléndido almuerzo, y todo fué á pedir de boca; trascurrieron las horas, y los dorados cabellos que en otro tiempo se confundieron en París con los blancos cabellos del pobre zapatero, juntáronse de nuevo en el umbral de la puerta.

Aunque su ausencia sólo debia ser de quince dias, el momento de la separacion fué cruel. Su padre acabó por consolarla, y desasiéndose suavemente de sus brazos:

—Tomadla, Carlos, dijo á su yerno; ahora es vuestra.

Lucía saludó á través de la portezuela; el carruaje partió apresuradamente, y desapareció al poco rato.

Como la pacífica morada del doctor no se hallaba en un sitio frecuentado por los ociosos, Mr. Manette, Mr. Lorry y miss Pross se quedaron solos y silenciosos en el mismo sitio en que los habian dejado los recién desposados.

Al entrar en el antiguo salon, observó Mr. Lorry el cambio que se habia operado en Mr. Manette; hubiérase dicho que el brazo de oro colocado en la parte superior de la puerta, le habia herido con una flecha envenenada.

El doctor se habia reprimido en presencia de su hija, y no teniendo ya necesidad de disimular, era natural que viniese una reaccion; pero lo que extrañaba Mr. Lorry era aquella fisonomía espantada: el modo con que el antiguo preso se oprimia la cabeza y los inseguros pasos con que se dirigia á su habitación, hicieron que el gentleman recordase la escena de la taberna de San Antonio.

—Me parece, dijo al aya despues de reflexionar un momento, que lo mejor seria dejarle solo. Yo tengo absoluta necesidad de ir al Banco, pero en seguida volveré por aqui y le haremos que dé un paseo en carruaje; comeré con él, y tengo completa seguridad de que todo irá á las mil maravillas.

Mr. Lorry se vió obligado á permanecer en casa de Tellson más de dos horas. A su regreso subió sin hablar á la criada y se dirigió á la puerta de la habitación de Mr. Manette; entonces oyó el golpeteo de un martillo.

—¡Dios mio! murmuró estremeciéndose.

Miss Pross, con el rostro descompuesto, se hallaba á su lado.

—¡Todo se ha perdido! exclamó llena de desesperacion. ¿Qué vamos á decir ahora á mi pichoncita? Mr. Manette no me ha reconocido cuando he entrado á verle, y ha vucito á dedicarse á la zapateria.

Mr. Lorry, despues de hacer todo lo posible para tranquilizar á la vieja solterona, entró en la habitación del doctor. El banquillo se hallaba colocado enfrente de la ventana, como la primera vez que vió ocupado en su trabajo al zapatero, y éste, consagrado á su tarea, parecia hallarse sumamente preocupado.

—¡Doctor! querido amigo, ¡doctor Manette!

El zapatero levantó la cabeza, miró con cierta curiosidad al gentleman, y disgustado sin duda de que vinieran á interrumpirle, volvió á continuar su trabajo.

Se había quitado el frac y el chaleco, y tenía la camisa desabrochada, lo mismo que cuando le vimos por la primera vez; su rostro, desencajado, revelaba el espanto de los aciagos días, y el desdichado trabajaba con afán y con impaciencia, como queriendo recuperar el tiempo que el gentleman le había hecho perder.

El zapato que quería concluir era de forma ya antigua; Mr. Lorry recogió otro que había en el suelo, y le preguntó qué era aquello.

—Un zapato de mujer, un zapato para salir á la calle, murmuró el anciano sin apartar la vista de su trabajo; ya hace mucho tiempo que debía estar concluido; dejadme trabajar.

—¡Doctor Manette, miradme!

El zapatero obedeció con la pasiva sumisión del preso, pero sin abandonar su tarea.

—¿No me reconocéis, querido amigo? Reunid vuestros recuerdos; reflexionad, doctor. Ese trabajo es impropio de un hombre como vos; pensad en lo que os digo, Mr. Manette.

No fué posible hacerle hablar una sola palabra. Alzaba la vista cuando se le mandaba, pero no despegaba los labios. Trabajaba y trabajaba y trabajaba silenciosamente; todo cuanto se le decía llegaba á su oído como á una pared sin eco, y se perdía en el aire. Una sola circunstancia impedía que Mr. Lorry perdiese toda esperanza, y era que el anciano alzaba furtivamente los ojos, sin que nadie se lo mandase. En aquellos momentos era inquieta su mirada y parecía querer resolver ciertas dudas que atormentaban su espíritu.

Mr. Lorry, en vista de semejante situación, creyó que

era indispensable ocultar esta recaída á Lucía y hacer que ninguno de los clientes del doctor notase aquella dolorosa crisis. Auxiliada por miss Pross, se dijo á las personas que acudían á ver á Mr. Manette, que éste se hallaba enfermo y que el mal estado de su salud exigía un completo descanso. Miss Pross escribió á Lucía una carta de ocho carillas anunciándole que el doctor había salido á visitar á un enfermo á cincuenta millas de Londres, y volvió á escribirla á los dos ó tres días, diciéndole que había recibido la vispera una esquelita de Mr. Manette pidiéndole diferentes objetos y encargándole participase á su querida hija que se encontraba perfectamente bien.

Mr. Lorry, creyendo que el doctor se restablecería dentro de poco tiempo, había reservado un medio que pensaba emplear en ocasión oportuna, y adoptó la resolución de cuidar él mismo al enfermo, procurando sin embargo que éste no notase que se le vigilaba. Pidió licencia por primera vez de su vida para ausentarse del Banco, y se instaló en la habitación del doctor, colocándose cerca de la ventana.

Notó desde el primer día que no solamente era inútil dirigir la palabra á Mr. Manette, sino que el hablarle le fatigaba y atormentaba. Decidióse, pues, á permanecer silencioso, y se instaló enfrente del anciano, protestando así con su presencia contra el error en que éste incurria, y cogiendo de cuando en cuando un libro, escribiendo, cambiando de sitio y haciendo todo lo posible para hacer ver al preso imaginario que se hallaba en un lugar en que cualquiera podía libremente disponer de sus acciones.

El doctor comió y bebió todo cuanto le dieron; luego volvió á consagrarse á su trabajo y continuó su tarea hasta que la habitación quedó á oscuras. Cuando el antiguo preso dejó á un lado sus herramientas, en vista de que no podía hacer uso de ellas hasta el siguiente día, acer-

cóse á él Mr. Lorry y le preguntó si quería salir á dar un paseito.

El doctor miró al techo, como solía hacer en otro tiempo, y repitió con voz débil:

—¿Un paseito?

—Sí, doctor, y ¿por qué no?

Mr. Manette no respondió nada á esta pregunta, pero al apoyar los codos sobre sus rodillas y colocar la cabeza entre sus manos, pareció decirse á sí mismo:

—¿Y por qué no?

Miss Pross y el gentleman compartieron la tarea de velarle durante la noche, y ambos le observaron desde la habitación inmediata. El doctor se paseó por su cuarto durante mucho tiempo, y en cuanto se acostó se quedó profundamente dormido. Despertóse muy temprano é inmediatamente se fué á su banquillo y continuó la interrumpida labor.

Mr. Lorry entró en su cuarto, le dió los buenos días, le llamó por su nombre y le habló de varios de los asuntos que últimamente le preocupaban. No respondió ni una sola palabra á las preguntas del gentleman, pero era indudable que las había oído, y aunque de un modo confuso, parecía pensar en lo que se le decía. Mr. Lorry, animado por este favorable síntoma, dijo á miss Pross que trajese su costura y la invitó á que trabajase de cuando en cuando al lado de ellos. Aprovechó la presencia del aya para hablarle de Lucía y del doctor, del mismo modo que siempre lo había hecho, y como si ningún acontecimiento enojoso hubiera ocurrido en la casa. Ambos procuraron dar á aquellos diálogos la mayor naturalidad posible, no haciéndolos tampoco demasiado largos por temor de fatigar al enfermo. El gentleman creyó observar que el antiguo preso levantaba con más frecuencia la cabeza, pareciendo extrañar todo cuanto pasaba á su alrededor.

Al llegar la noche, el banquero le dijo como el día anterior:

—Querido doctor, ¿no quereis dar un paseito?

Mr. Manette, lo mismo que el día anterior, repitió maquinalmente las dos últimas palabras de la pregunta.

—¿Quereis venir conmigo? añadió el gentleman.

Mr. Lorry, viendo que no tenía ninguna respuesta, hizo como que salía, y permaneció una hora en la habitación contigua. Mr. Manette se sentó cerca de la ventana, y contempló el plátano durante todo aquel tiempo; pero así que vió volver al banquero, se dirigió otra vez á su banquillo.

El tiempo trascurría con una horrible lentitud; monsieur Lorry veía por momentos disiparse todas sus esperanzas, y su corazón se hallaba verdaderamente angustiado. Ya llevaba así tres días; llegó el cuarto y el quinto; pasaron seis días, siete, ocho y nueve, y el gentleman, cada vez más desesperado, esperó inútilmente la vuelta de aquella inteligencia, en otro tiempo tan brillante.

El secreto se había guardado religiosamente, y Lucía continuaba siendo feliz. Pero el gentleman veía con dolor que el antiguo zapatero, que en los primeros días manejaba torpemente la lezna, iba adquiriendo por momentos una habilidad desesperante. Nunca había trabajado con tanto ardor, destreza é inteligencia como el noveno día.

CAPITULO XIX.

Una consulta.

Lleno de fatiga y de inquietud, pero firme siempre en su puesto, Mr. Lorry acabó por dormirse. La luz del sol, que penetraba ya en su habitacion, le despertó bruscamente; era la décima mañana que pasaba en aquella cruel ansiedad. Estregóse los párpados para desechar completamente el sueño, se dirigió hácia la puerta, examinó la habitacion del enfermo y creyó que aún estaba soñando; las herramientas de zapatero, su banquillo y su labor permanecian en el rincon en que habian sido colocados la noche anterior, y el doctor, sentado cerca de la ventana, se hallaba leyendo con la mayor tranquilidad. Vestia su bata de casa, y su rostro, aunque sumamente pálido, reflejaba la tranquilidad de espíritu y la inteligencia.

Mr. Lorry estuvo á punto de desmayarse; tenia la seguridad de estar despierto, y comenzaba á creer que todo cuanto llevaba sufrido durante aquellos diez últimos días, sólo habia sido una espantosa pesadilla. ¿No estaba allí el padre de Lucía con el traje que llevaba todas las mañanas, con su habitual aspecto y dedicado á su ocupacion favorita? ¿Veíase acaso en la habitacion la más insignificante señal de aquel acto de locura, del cual conservaba, sin embargo, una vivísima impresion?

Pero la respuesta se presentaba por sí misma: si la inquietud que él habia experimentado carecia de un fundado motivo, si todo cuanto habia creído ver sólo habia sido un sueño, ¿cómo explicarse que él, Jarvis Lorry, del Banco Tellson, se encontrase precisamente en aquel sitio? ¿Por qué habia dormido sobre un sofá, completa-

mente vestido y en la habitacion de Mr. Manette? ¿Por qué tenia que hacerse á sí mismo todas estas preguntas en la puerta de aquella habitacion y á semejante hora?

Pocos minutos despues, acercóse á él miss Pross y le habló algunas palabras en voz baja; si el gentleman hubiera conservado aún alguna duda, el lenguaje del aya hubiese acabado de convencerle; pero él habia ya recordado toda su presencia de ánimo y recordaba perfectamente todo cuanto habia sucedido. Despues de discurrir la resolucion que debian adoptar, Mr. Lory y la vieja solterona decidieron dejar á Mr. Manette que continuase su lectura hasta la hora en que generalmente se almorzaba, é ir á sentarse á la mesa con él, como si nada absolutamente hubiese ocurrido.

Miss Pross, siempre sumisa á las indicaciones de mister Lorry, ejecutó al pié de la letra todo cuanto acababan de convenir, y el gentleman, que tenia todo el tiempo necesario para arreglarse y acicalarse, se presentó á la hora del almuerzo tan pulcro y estirado como de costumbre. El doctor, al saber que el almuerzo estaba ya dispuesto, se dirigió resueltamente al comedor sin manifestar extrañeza ó vacilacion de ningun género.

A juzgar por lo que podia comprenderse sin traspasar los limites impuestos por la prudencia, el doctor creia indudablemente que el casamiento de su hija se habia verificado el dia anterior. Una ligera alusion, hecha de intento por el gentleman á propósito del dia de la semana en que se hallaban, hizo reflexionar á Mr. Manette, y esto le produjo un visible malestar. Sin embargo, hallábase en tan perfecta posesion de sí mismo, que Mr. Lorry se decidió á hablarle con toda franqueza.

Al terminar el almuerzo quedóse á solas con el doctor, y sumamente afectuoso, le dirigió la palabra:

—Mi querido Manette, le dijo, deseo muy de veras que me digais confidencialmente vuestra opinion acerca de un

caso curiosísimo que me interesa sobremanera; digo un caso curiosísimo, por lo que á mí se refiere; es muy posible que dada vuestra competencia en la materia lo juzgueis de muy distinto modo.

El doctor se fijó un momento en sus manos ennegrecidas por el trabajo, dió visibles muestras de turbacion, y se dispuso á escuchar á su amigo.

—Querido Manette, continuó Mr. Lorry dando un golpecito en el brazo del doctor, se trata de un hombre á quien profeso un extremado cariño; hacedme el obsequio de prestarme toda vuestra atencion y dadme luego algun consejo; os lo suplico por el cariño que me inspira ese amigo, y sobre todo por el cariño que me inspira su hija, ¿lo oís, querido Manette?, por el cariño que me inspira su hija.

—Sí, dijo el doctor en voz baja; se trata de alguna conmocion moral...

—Justamente.

—Pues explicáos con toda claridad, repuso el doctor, no omitais ninguna circunstancia.

El gentleman, persuadido de que iban comprendiéndose perfectamente, continuó:

—Se trata efectivamente, mi querido Manette, de una conmocion moral, ya crónica, pero al mismo tiempo violenta y prolongada, que destruyó hasta en su más profunda base las afecciones, los sentimientos y la inteligencia. La conmocion fué espantosa y aniquiló á mi desgraciado amigo durante una época bastante larga. No se sabe cuánto tiempo duró este aniquilamiento, porque el enfermo era la única persona que hubiera podido manifestarlo, y el estado de su espíritu no le permitía fijar suficientemente sus ideas. Tampoco sabia de qué modo fué recobrando poco á poco sus abatidas fuerzas; él mismo lo ha declarado así publicamente y en unos términos que nunca olvidaré. En una palabra, ha triunfado de aquella

horrible conmocion, y hoy es un hombre de poderosa inteligencia que aumenta diariamente el gran caudal de conocimientos que ántes tenia. Pero hemos tenido la desgracia, dijo Mr. Lorry haciendo una breve pausa y lanzando un profundo suspiro, de que mi pobre amigo sufra una ligera recaida.

—¿Y ha durado mucho tiempo? preguntó el doctor en voz baja.

—Nueve dias.

—¿Y en qué forma se ha manifestado? Supongo, dijo contemplando sus manos, que el enfermo habrá vuelto á consagrarse á alguna ocupacion intimamente enlazada con aquella conmocion moral.

—Justamente.

—Decidme, prosiguió el doctor con firmeza, aunque siempre en voz baja, ¿le visteis alguna vez entregado en el origen de la enfermedad al trabajo de que me hablais?

—Una sola vez.

—¿Y presentaba en esta recaida los mismos sintomas que en otro tiempo?

—Absolutamente los mismos.

—Me habeis hablado de su hija: ¿sabe la jóven que su padre ha tenido esa recaida?

—Lo ignora, y creo que lo ignorará siempre; de ese ligero accidente sólo tenemos conocimiento una persona de toda confianza y yo.

Mr. Manette estrechó la mano del gentleman.

—¡Qué bondad, murmuró, qué atencion y qué delicadeza!

El gentleman á su vez estrechó la mano del padre de Lucía y ambos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

—Querido doctor, continuó el banquero con acento cariñoso, ya sabeis que soy un hombre de negocios, incapaz de luchar con semejantes dificultades, porque no tengo

para ello ni el saber ni la inteligencia necesarios; me hace falta un guía y no conozco á nadie que me inspire tanta confianza como vos para un asunto de esta especie. Responded á mis preguntas: ¿qué es lo que ha motivado esa recaída? ¿Hay que temer algo para el porvenir? ¿Es posible impedir que se reproduzcan esas recaídas? En el caso de que se repitan, ¿qué tratamiento debería adoptarse? No es posible que haya tenido nunca nadie mayor deseo de ser útil á un amigo, que el que yo tengo de servir á la persona querida de quien os hablo; pero no sé qué es lo que debo hacer para lograrlo. Si vuestra sagacidad y vuestra experiencia vinieran en mi auxilio, desaparecerían todos mis temores; pero abandonado á mí mismo, ¿qué quereis que yo haga? Dadme, pues, vuestros consejos para que yo pueda ser útil á mi desdichado amigo.

El doctor pareció reflexionar y tardó algún tiempo en responder.

—Es muy probable, dijo haciendo un esfuerzo para romper su silencio, que el amigo de quien hablais tuviese ya prevista esa recaída.

—¿Y la tenia? preguntó el banquero.

—Mucho más de lo que podeis figuraros, dijo Mr. Manette estremeciéndose involuntariamente; no podeis calcular lo mucho que abrumba semejante temor, y lo difícil, lo muy difícil que es no hablar una sola palabra de la pena que á uno le devora.

—¿Y no podria experimentar mi amigo un gran alivio si, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, refriese su pena á alguien?

—Creo que sí; pero ya os he dicho hace un momento que eso le seria sumamente difícil.

—¿Cuál creis que haya podido ser el origen de esa recaída? preguntó Mr. Lorry colocando amistosamente su mano sobre el brazo del doctor.

—Yo creo, respondió Mr. Manette, que una porcion de

incidentes han despertado en vuestro amigo todas las ideas y recuerdos que fueron causa de su mal. Pensamientos é imágenes terribles habrán acudido á su mente con una fuerza irresistible. Es muy probable que él viniese temiendo esa crisis, puesto que sabia qué conjunto de ideas podria hacer nacer en él un hecho... ó una circunstancia determinada. Habrá tratado inútilmente de acostumbrar á ello su imaginacion, y tal vez el esfuerzo que ha hecho con este objeto habrá renovado sus antiguas heridas.

—¿Creis que él tenga conciencia de todo cuanto ha sucedido durante esa última crisis? preguntó el gentleman con cierta vacilacion.

El doctor miró con inquietud en torno suyo, movió la cabeza y respondió en voz baja:

—No lo creo.

—¿Y qué es lo que debemos esperar? preguntó Mr. Lorry.

—Respecto del porvenir, replicó Mr. Manette recobrando su firmeza, no abrigo ningun temor, toda vez que el Señor, en su divina misericordia, no ha permitido que esa crisis durase mucho tiempo; podeis esperar. Vuestro amigo ha sucumbido al dolor que las circunstancias habian despertado; no ha podido resistir á la presion de los hechos; la nube ha estallado sobre su cabeza, pero puesto que él se ha restablecido en tan corto tiempo, yo creo que ya no hay nada que temer.

—Eso me consuena en extremo, y doy gracias á Dios con toda mi alma, exclamó Mr. Lorry.

—Sí, demos gracias á Dios, repitió Mr. Manette inclinándose respetuosamente.

—Hay todavía otras dos cosas que yo quisiera aclarar, prosiguió el gentleman. ¿Me permitis que...?

—Sí, con eso prestareis un gran servicio á vuestro amigo, interrumpió el doctor tendiéndole la mano.

—Pues entónces, continuó: el hombre notable de quien

hablamos es extraordinariamente trabajador y se consagra á sus tareas con una energía poco comun; preocupado constantemente con la idea de aumentar el brillo de su inteligencia, estudia sin descanso, hace numerosas investigaciones y persigue el descubrimiento de varios problemas científicos: en una palabra, su imaginacion tiende siempre al estudio y á la abstraccion. ¿No es peligroso este exceso de trabajo?

—Yo creo que no; su imaginacion especial exige tal vez una constante ocupacion. Esa imperiosa necesidad, que le es natural, ha aumentado extraordinariamente en su época de desgracia; cuanto ménos absorba el estudio sus facultades, más probabilidades habrá de que reaparezcan ideas perjudiciales que podrian dar á su mente una falsa direccion. Vuestro amigo lo ha notado ya, sin duda alguna, y debe tener de ello sobradas pruebas.

—¿De modo que creéis que esa constante tension de su espíritu no le es desfavorable?

—Estoy seguro de ello.

—Sin embargo, mi querido Manette, ¿y si el trabajo llegase á ser superior á sus fuerzas?

—Creo que eso no llegará á suceder, mi querido Lorry. Toda cuanta fuerza habia en ese hombre ha sido violentamente rechazada por una parte, y eso, como es natural, necesita cierto contrapeso.

—Dispensadme, querido doctor; ya sabeis que yo soy eminentemente práctico y tengo la obstinacion propia de las gentes que se consagran á los negocios. Supongamos que el trabajo haya llegado á ser superior á sus fuerzas; ¿no seria esto motivo suficiente para una nueva recaída?

—Creo que no, dijo Mr. Manette con acento de conviccion; no hay más que una cosa, una sola corriente de ideas capaz de producir ese resultado, y creo poder afirmar que en lo sucesivo seria preciso hacer vibrar esa

cuerda con una terrible violencia para que el mal se reprodujese. Despues de lo que acaba de suceder, no creo que haya nada capaz de producir un choque semejante, si todo cuanto hubiera podido tener ese poder ha desaparecido ya.

Mr. Manette hablaba con la desconfianza de un hombre que sabe lo frágil que es la inteligencia humana, pero con la firmeza de quien en medio de las más duras pruebas, ha adquirido la certidumbre de que puede confiar en sus propias fuerzas. Mr. Lorry no debia disminuir la confianza del doctor; así, pues, manifestó mayor satisfaccion de la que realmente experimentaba, y se preparó á abordar la segunda cuestion que pensaba tratar con Mr. Manette. La cosa ofrecia bastante dificultad; pero recordó cierta entrevista que tuvo un dia con miss Pross, recordó, sobre todo, lo que él mismo habia visto en aquellos últimos dias, y comprendió que era preciso seguir adelante en la resolucion de sus dudas.

—La recaída de mi amigo, dijo tosiendo para procurar que su voz fuese más clara, se manifestó como vos mismo deciais hace poco, por haberse consagrado á un antiguo trabajo, que era su ocupacion en otro tiempo, y que llamaré... la ocupacion de un herrero; sí, de un herrero. El tenia en otro tiempo (digo esto para precisar mejor mis ideas) la costumbre de trabajar en una pequeña frágua, y precisamente cuando ménos lo esperábamos, le hemos hallado uno de estos dias trabajando en esa misma frágua. ¿No creéis inconveniente que conserve á su lado ese recuerdo de una época desgraciada?

El doctor se cubrió los ojos con la mano é hizo trepidar sus piés con agitacion febril.

—Mi amigo ha conservado esa frágua en un ángulo de su habitacion: ¿no seria mejor que la sacase léjos de allí? continuó el gentleman dirigiendo una inquieta mirada al doctor.

Este continuó en la misma actitud y con la misma agitacion de ántes.

—Os cuesta mucho trabajo resolver esta duda, dijo mister Lorry; sí, yo comprendo que la cuestion es delicada. Sin embargo, creo que...

El gentleman movió lentamente la cabeza y no acabó la frase.

—¿Si supiéseis, respondió el doctor dirigiéndose á mister Lorry despues de un penoso silencio, lo difícil que es explicar de un modo satisfactorio las ideas que se elaboran en la mente de ese pobre hombre! ¡Ha suspirado tantas veces y con tanto ardor por esa ocupacion manual y ha experimentado una alegría tan grande el dia que le han permitido consagrarse á ella! Esa ocupacion ha sido para él un gran consuelo, porque substituyó en un principio la incertidumbre de los dedos por las perplejidades del espíritu; y luego, cuando adquirió en ella cierta habilidad, cambió el ingenio de las manos por el de la tortura moral, que nunca se ha atrevido á desechar por completo. Hoy mismo, que cree en una curación radical y habla de sí mismo con cierta confianza, la idea de que un dia podría tener necesidad de ese trabajo manual, y no llegaría á encontrar á mano sus instrumentos, le causa un horror semejante al que debe experimentar el corazon de un pobre niño que se vé solo y abandonado.

La visible alteracion de su rostro lo demostraba con sobrada elocuencia.

—¿Pero no es posible creer?... repuso el gentleman. Tened la bondad de dispensarme, trató de instruirme y lo hago con la insistencia de un hombre de negocios, acostumbrado á no hallarse en relacion sino con asuntos puramente materiales, libras esterlinas y billetes del Banco. ¿No es posible creer que la conservacion del instrumento implica la de la idea? Si la cosa no estuviere á la vista, mi querido Manette, ¿no lograríamos desvanecer

el temor de que me hablábais hace poco? En una palabra, ¿no es dar pábulo á un presentimiento fatal el conservar esa pequeña frágua?

Ambos permanecieron silenciosos.

—¿Es un amigo tan antiguo! dijo por fin el doctor con voz temblorosa.

—Sin embargo, yo me separaria de él, dijo el gentleman moviendo la cabeza con aire de conviccion y acen- tuando sus palabras á medida que el doctor parecia hallarse más turbado. Yo quisiera, prosiguió, rogar á mi amigo que hiciese pronto ese sacrificio, y sólo espero, para atreverme, una sola palabra de vuestros lábios. Tengo la completa seguridad de que esa frágua le es fatal; vamos, aprobad mi deseo; mandadle que se separe de ella, doctor; yo os lo suplico; hacedlo por su hija, mi querido Manette.

Su alma luchaba en aquel momento de un modo horrible.

—En nombre de ella, dijo, podeis hacer lo que querais, yo consiento gustosamente en ello. Sólo os pido que no os lleveis ese objeto en presencia de vuestro amigo; aprovechad una ocasion en que él no se halle en Lóndres; arregláos de modo que una ausencia de algunos dias le prepare al sentimiento de perder á su antiguo compañero.

Mr. Lorry accedió inmediatamente á esta exigencia; luego varió de conversacion y propuso al doctor salir á dar una vuelta por el campo.

Los tres dias siguientes se pasaron sin contratiempo alguno; Mr. Manette, perfectamente restablecido, podía ya dirigirse al punto en que le aguardaban los recién casados. Habíanle referido la estratagema que se habia empleado para que su hija no se enterase de su última enfermedad; él la escribió confirmando aquellas noticias y participándole su próxima salida; así es que Lucía no

tuvo siquiera la menor sospecha de lo que habia ocurrido.

A la noche siguiente de la salida del doctor, Mr. Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un mazo, y acompañado de miss Pross, que iba alumbrándole, entró en la habitacion de Mr. Manette. Despues de cerrar la puerta misteriosamente, el gentleman comenzó á hacer mil pedazos el banquillo del zapatero, en tanto que miss Pross, cuya cara de vinagre se amoldaba perfectamente á la situacion, conservaba la vela en una mano del mismo modo que si asistiese á la perpetracion de un asesinato.

Cuando el banquillo quedó hecho añicos, quemaron las astillas en la chimenea de la cocina, y luego bajaron al jardin para hacer un auto de fé con las herramientas, zapatos y cuero que hallaron á mano.

Es tan grande el horror que inspira á las almas honradas la destruccion y el misterio, que al hacer aquella obra de caridad y al ocultar aquellos tristes despojos, Mr. Lorry y miss Pross se hallaban tan emocionados y tan atribulados como si hubiesen cometido el más espantoso crimen.

CAPÍTULO XX.

Una defensa.

El primer amigo que acudió á felicitar á los esposos Darnay, cuando éstos regresaron de su expedicion, fué Sydney Cartone. Ni sus hábitos ni su aspecto exterior habian sufrido ningun cambio favorable; pero habia en él cierto aire de amistad regañona que era completamente nuevo para Carlos.

Aprovechando la primera ocasion que se le presentó, le llevó á una de las ventanas con objeto de hablarle sin ser oido de nadie.

—Mr. Darnay, le dijo, deseo que seamos amigos.

—Pues qué, ¿no lo somos ya, Mr. Cartone?

—No quiero decir eso; ya sé que sois suficientemente bueno para dispensarme vuestra amistad; pero yo necesito otra cosa: al expresaros mi verdadero deseo de llegar á ser vuestro amigo, no doy á mis palabras el sentido que vos podriais atribuirles.

Carlos Darnay le preguntó qué era lo que queria decir.

—Si he de hablaros con toda franqueza, respondió Cartone sonriendo, me es más fácil concebirlo que explicarlo, y sobre todo, que explicarlo de modo que vos me comprendais. Sin embargo, voy á intentarlo. ¿Recordais cierta famosa ocasion en que yo estaba un poco más ébrio que... de costumbre?

—Lo único que yo recuerdo es que en una ocasion, verdaderamente famosa, me obligásteis á confesar que habiais bebido un poco más de lo conveniente.

—¡Ah! yo lo recuerdo perfectamente, Mr. Darnay. La memoria de aquellos malditos dias pesa terriblemente sobre mi alma, y creo que todo cuanto en ellos he sufrido se tendrá en consideracion el dia que yo deje de existir; pero no os alarmeis, no es mi propósito pronunciar ahora un sermón.

—Y ¿por qué he de alarmarme? ya veo que me hablais con animacion, pero con acento tranquilo.

—En la ocasion de que os hablo, yo estaba ébrio, cosa que me sucede con harta frecuencia, y no os guardé todas las consideraciones debidas. Pues bien, yo deseo muy de veras que lo olvidéis completamente.

—Pues tengo satisfecho ese deseo hace mucho tiempo.

—Eso es hablar por hablar, Mr. Darnay; yo no olvido tan fácilmente, y tengo demasiado presente aquella noche para que pueda borrarla de mi memoria una ligera frase.

—Dispensadme que no os haya contestado con mayor seriedad, respondió Carlos; he creído que debia tratar con